

EDITORIAL

En su año XX, tenemos la satisfacción de hacer llegar a sus manos el segundo número de Medellín en su nueva presentación, tan bien acogida entre nuestros lectores, conforme lo atestiguan las diversas manifestaciones de aprecio llegadas a nuestra redacción.

El presente número es un número monográfico dedicado al método teológico, una temática central en el quehacer teológico, nunca descuidada por los teólogos en el transcurso de la historia de la teología, aunque la cuestión del método teológico haya llegado a la cumbre de la reflexión sistemática solamente en los tiempos actuales. En América Latina, desde que se estableció una nueva sintáctica para el discurso teológico, el método teológico se ha transformado en objeto de innumerables publicaciones y encuentros de estudio. El año pasado, CELAM e ITEPAL se ocuparon de esta temática promoviendo un seminario, cuyas conclusiones fueron publicadas en el Boletín Celam 257 (1993) 19-22.

El objetivo de este número monográfico es trazar un cuadro general de la evolución de la metodología teológica, exponiendo los diferentes momentos esenciales del método conforme fueron explicitándose en el transcurso de la historia de la teología y, sobre todo, dar una visión actualizada de la situación de la problemática del método teológico en América Latina.

Conforme lo enuncian los autores aquí presentados, es innegable la historicidad del pensamiento teológico, que pasa por la regionalidad y la perennidad de las grandes escuelas como la de San Agustín en el período patristico; la de San Anselmo, Alberto Magno y Tomás de Aquino en la época de los escolásticos; la de Melchior Cano en la época moderna o de la segunda escolástica; y la de Barth, Tillich, Bultmann, Moltmann, Panenberg - del lado protestante, y de Rahner, Teilhard de Chardin, Chenu, Lonergan, Gutiérrez - del lado católico, en la post-modernidad o época contemporánea, sólo para citar algunos nombres.

En realidad, la Teología es el discurso sobre la Revelación de un Dios que se manifestó a través de *símbolos*, *conceptos* y *acciones*. Históricamente, la Teología Patristica privilegió en su reflexión el *simbólico*, elaborando una teología esencialmente como *sabiduría*. La Teología Clásica privilegió el *conceptual*, elevando la teología al nivel de *ciencia*. La Teología Moderna privilegió el aspecto *performativo* de la Palabra de la Fe, es decir, las acciones, postulando la condición para una teología auténticamente eclesial, el imperativo de toda teología *ser pastoral*.

En la Teología Patristica, su discurso es un auténtico *intellectus fidei*, por medio de un método "de lo alto" que permite recibir de la sabiduría

divina el *Verbum Dei Aeternum*. La Teología Clásica como *scientia Deo* o *fides quaerens intellectum*, a través del método deductivo de la *analogía fidei*, articula las *auctoritates* y la *ratio*, con el objetivo de dar una respuesta a la pregunta de la fe para la fe. La Teología Moderna, en la medida en que se articula a partir de las preguntas oriundas de la razón autónoma y de la experiencia, por medio del método *auditus fidei*, básicamente inductivo, elabora un discurso positivo, buscando el orden sucesivo de la historia de la comunicación y explicitación en el tiempo de las verdades reveladas. La Teología latinoamericana, autocomprendiéndose formalmente como *intellectus amoris et misericordiae*, postula un método ni deductivo ni inductivo, sino precisamente dialéctico, fruto de la correlación de los dos, en la medida en que su "punto de partida" es la experiencia de Dios en el pobre, estableciendo una distinción, de un lado, entre Teología, Revelación y Fe y, de otro, una relación indisoluble o de interpenetración entre estos tres factores, en que la *norma normans* de la fe es la Palabra de Dios proclamada y vivida en la Iglesia peregrina en la historia.

Como se puede constatar, hay una relación de continuidad y discontinuidad, de superación dialéctica, entre las diferentes teologías, por una cuestión de naturaleza epistemológica y otra histórica. De un lado, las preguntas fundamentales de una época revelan la consciencia histórica de ese momento. En la base de las diferentes teologías están consciencias históricas diferentes. Y, de otro, la catolicidad de una teología se mide por su inserción en la tradición teológica de la Iglesia. De una parte, no es posible comprender epistemológicamente la novedad y la ruptura de las teologías entre sí, como si alguna de ellas negase toda la anterior por la vía de la contradicción. De otra, no obstante su regionalidad - su contingencia en el tiempo y espacio, una teología sólo puede avanzar sobre las demás, en la medida en que las conquistas teóricas de aquellas son conocidas y tenidas en cuenta. En realidad, las transformaciones históricas permiten poco a poco ir discerniendo los elementos que, revelándose coyunturales y regionales, se dejan superar por una nueva percepción global de esa misma realidad. En este sentido, ninguna teología se agota por completo en su dimensión funcional, ocasional y coyuntural y, por lo tanto, toda teología tiene un alcance universal, perenne.

Todo el problema, respecto a cualquier teología, está en el establecimiento de una correcta dialéctica entre esa doble dimensión de perennidad y de transitoriedad, de universalidad y de regionalidad, de modo a constituirse verdaderamente en una "nueva etapa - en estrecha conexión con las anteriores - de la reflexión teológica hecha a lo largo de la historia" (João Paulo II, Carta aos Bispos do Brasil, n. 5).

La Redacción